

LOS LIBROS

BIOGRAFIA

AVIRANETA, O LA VIDA DE UN CONSPIRADOR, por Pío Baroja

Cuando estuvo en Chile don Pedro Sáinz y Rodríguez traté largamente con él de Pío Baroja y de su obra; constituye ésta para mí un tema de atención casi constante desde hace más de diez años, de modo que la opinión del erudito escritor español íbame a servir para contrastar mi personal enjuiciamiento. Así fué en efecto: Sáinz y Rodríguez no es en absoluto un incondicional de Baroja, como he sido yo, en cambio, en días más juveniles, y a mis expresiones, siempre respetuosas y admirativas para el autor de *Las horas solitarias*, oponía un temperado escepticismo. Una de sus definiciones me pareció la más radical, y aun cuando al fin de cuentas no la he encontrado muy justa, me ha dado que pensar muchísimo. En efecto, Sáinz y Rodríguez me dijo:

—¿Qué clase de novelista es éste que coge un ser humano, un hombre de carne y hueso, que existió, don Eugenio de Aviraneta, y al cabo de escribir diez y ocho o veinte volúmenes sobre él, lo tiene más muerto que antes? La misión del novelista

es precisamente infundir vida en las creaciones de su imaginación, es decir, en entes desprovistos de ella. Baroja ha seguido el procedimiento opuesto, y en lugar de hacernos pasar por hombre una ficción, ha muerto a un vivo.

Refutar a Sáinz y Rodríguez sería larga tarea que no habría precisamente de hallar su coyuntura en esta ocasión, en la cual lo único que me interesa es dar cuenta del último volumen que Baroja dedica a su antepasado, personaje de tantas novelas suyas, don Eugenio Aviraneta e Iturgoyen(1). Este libro, que se aparta en más de un aspecto de la manera de escribir habitual en Baroja, tiene un mérito fundamental: en él, por primera vez, el novelista concreta las referencias que obran en su poder sobre Aviraneta en un relato coherente, ordenado y no pocas veces feliz desde el punto de vista literario. Los que han leído los volúmenes que componen las *Memorias de un hombre de acción* saben a qué me refiero. En esas *Memorias* la figura central no es siempre Aviraneta, a quien a veces se menciona sólo de paso, y cuya existencia se presenta de tal modo fragmentada, que reconstituirla a lo largo de la se-

(1) Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1931.

rie es empresa del todo imposible, sobre todo si se atiende a que, primero, el autor no ha seguido el orden cronológico de los sucesos de la vida de Aviraneta en la redacción de esos episodios y a que, segundo, algunos hechos de cierta importancia en esa vida no han sido conocidos por él, sino después de escritos muchos de los volúmenes de las *Memorias*.

Desde el punto de vista del estilo, este libro de Baroja, aun cuando no conserva toda la frescura que tienen los libros de su mejor época, es digno de su autor. Quiere esto decir, que se hallan en él todas las imperfecciones propias de su genio improvisador y que los mejores efectos son fruto del humor del momento, antes que producto de una alquimia retórica que proceda por recetas y por dosis. Así lo vemos decir:

Un vez subieron un macho cabrío con un cencerro al *balcón de una vieja* muy beata y muy enemiga de los aventinianos; otra noche taparon, escalando el tejado, el agujero de *la chimenea del alcalde* (pág. 30).

expresiones que mueven a risa puesto que no es posible hablar del *balcón de una vieja*, por muy beata que sea, ni de *la chimenea del alcalde*, so pena de que el lector reemplace la palabra *casa* en los sitios en que falta. Otro rasgo gracioso es el que nos muestra en la pág. 137, donde hace viajar a unos hombres intrépidos desde Burdeos (Francia), hasta el golfo de México, y para probarnos que no tiene idea de donde se halla el Ecuador ni qué representa él en el mundo, hace al buque

atravesar precisamente el Ecuador en un trayecto en que esa línea nada tiene que ver.

Dentro de la serie en que se enfila este libro de Baroja no son muchos los que muestren, como él, tal penetración del carácter del héroe por el autor de las páginas destinadas a resucitarlo; menos son todavía los que bastan para saciar el deseo que el lector siente de conocer íntegramente los hechos del biografiado, desde el principio hasta el fin de su existencia. Pues bien, estos dos requisitos se cumplen por Baroja, y aunque su libro no esté a la altura de algunas de sus novelas de hace veinte o quince años, siempre su lectura habrá de parecer agradable y digna de ser cumplida por todos los que reconocen méritos al novelista vasco.

No; don Eugenio de Aviraneta no ha muerto a manos de Baroja; por lo contrario, si revisamos atentamente las *Memorias de un hombre de acción* y si leemos esta biografía de Aviraneta, entenderemos cuán profundo ha sido el amor de Baroja a este personaje sombrío. No se justifica de otro modo dedicar tanto tiempo, tanto entusiasmo, tanta dedicación y el aporte de todos sus dones literarios a la traducción literaria de las hazañas menudas de un héroe de segundo orden.—R. Silva Castro.

VIAJES

ITINERARIO DE LA INQUIETUD, por Ricardo A. Latcham.

El título está robado a Ricardo A. Latcham, uno de los escritores